



## CAPÍTULO XI.

De la noticia que supo Gil Blas, y que fué un golpe mortal para él.



UÍME á mi posada, en donde encontré dos sugetos, con quienes comí, y con cuya gustosa conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia que nos separamos, ellos para ir á sus quehaceres, y yo para tomar el camino del teatro. Advierto de paso, que yo tenia motivo para estar de buen humor, porque la alegria habia reinado en la conversacion que acababa de tener con estos caballeros, mostrándoseme ademas propicia la fortuna; pero con todo sentia una tristeza que no estaba en mi mano desechar. A vista de esto, no se diga que no se presenten las desgracias que nos amenazan.

Al entrar en el vestuario se acercó á mí Melchor Zapata, y me dijo en voz baja que le siguiera. Me llevó á un sitio escusado, y me dijo lo siguiente:—Señor mio, miro como un deber dar á vd. un aviso muy importante. Vd. no ignora que el marques de Marialba se enamoró primero de Narcisa mi esposa; y aun habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, cuando la artificiosa Estela halló medio de desconcertar la partida y de atraer á su casa á este señor portugues. Bien conoce vd. que una cómica no pierde tan buena presa sin despecho. Mi muger está muy resentida de esto: nada es capaz de omitir para vengarse, y por desgracia de vd. se le presenta para ello una ocasion favorable. Ayer, si vd. hace memoria, todos nuestros dependientes acudieron á verle. El sota-despabilador dijo á algunas personas de la compañía que conocia á vd. y que de ningun modo era hermano de Estela.

Esta noticia, añadió Melchor, ha llegado á oidos de Narcisa, que no ha dejado de preguntársela al que la ha dado, y éste se la ha repetido. Dice conoció á vd. de criado de Arsenia, cuando Estela bajo el nombre de



Laura le servia en Madrid. Mi esposa, contentísima con este descubrimiento, se lo participará al marques de Marialba, que ha de venir esta tarde á la comedia. Camine vd. en esta inteligencia, y si no es en realidad hermano de Estela, le aconsejo como amigo, y por nuestro antiguo conocimiento, que se ponga en salvo. Narcisa, que no busca mas que una víctima, me ha permitido se lo advierta á vd. para que evite con una pronta fuga cualquier accidente funesto.

Me hubiera sido inútil saber mas; dí gracias por este aviso al histrion, que conoció muy bien por mi sobresalto que yo no estaba en el caso de desmentir al sota-despabilador. Como realmente no tenia intencion de llevar hasta este punto la desvergüenza, ni aun fuí á despedirme de Laura, temiendo no quisiese obligarme á que siguiera el enredo. Bien sabia yo que ella era buena comedianta para salir con facilidad de este berengenal; pero yo veia mas que un castigo infalible que me amenazaba, y no estaba tan enamorado que quisiese burlarme de él. Determiné, pues, poner tierra por medio, cargando con mis dioses penates, es decir con mi ropa; y en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí del coliseo, y en un momento hice sacar y trasladar mi maleta á la posada de un arriero que al dia siguiente á las tres de la mañana debia salir para Toledo. Hubiera deseado estar yo con el conde de Polan, cuya casa me parecia el único asilo que habia seguro para mí; pero no hallándome aun en ella, no podia pensar sin inquietud en el tiempo que me restaba que pasar en una ciudad en donde temia me buscasen aquella misma noche.

No dejé de ir á cenar á mi hostería, á pesar de estar tan zozobroso como un deudor que sabe andan en seguimiento suyo los alguaciles; pero no creo que la cena hizo en mi estómago un excelente quilo. Miserable juguete del miedo, miraba con cuidado á todas las personas que entraban en la sala; y temblaba como un azogado, siempre que por mi desgracia eran algunas de mala catadura, cosa que no es rara en tales parages. Despues de haber cenado en medio de continuos sobresaltos, me levanté de la mesa, y me volví á la posada del ordinario, en donde me eché sobre paja fresca hasta la hora de marchar.

Puedo asegurar que durante este tiempo ejercité bien mi paciencia: mil tristes pensamientos vinieron á asaltarme: si algun instante me quedaba traspuesto, soñaba que veia furioso al marques, lastimando á golpes el hermoso rostro de Laura, y haciendo pedazos cuanto habia en su casa; ó ya que le oia mandar á sus criados que me matasen á palos. Despertaba despavorido, y siendo tan gustoso despertar despues de haber soñado cocas funestas, para mí era esto mas cruel que el mismo sueño.

Por fortuna me sacó de esta angustia el arriero, viniendo á avisarme que estaban prontas las mulas. Inmediatamente me levanté, y gracias

al cielo me puse en camino, curado radicalmente de Laura y de la quimancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada, iba mi espíritu recobrando su serenidad. Empecé á trabar conversacion con el arriero, el cual me contó algunas historias divertidas que me hicieron reir, y fui perdiendo insensiblemente mi temor. Dormí con sosiego en Ubeda, donde hicimos noche á la primera jornada, y á la cuarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado fué preguntar por la casa del conde de Polan, y persuadido de que no consentiria me alojase en otra, fui allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspedea, pues no encontré en ella mas que al portero, quien me dijo que su amo habia salido el dia antes para la quinta de Leiva, de donde le habian escrito que Serafina estaba enferma de peligro.

Yo no habia contado con la ausencia del conde, que disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, y fué causa de que tomase otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid, me resolví á ir allá, discurrendo que en la corte podria hacer fortuna, pues, segun habia oido decir, no era necesario en ella tener un talento superior para adelantar. Al dia siguiente me aproveché de un caballo de retorno que me llevó á esta capital de la España, á donde la buena suerte me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entonces me habia hecho representar.

